

No la vi más que cuatro veces, pero las recuerdo con absoluta claridad; me causó una gran impresión. Me pareció muy guapa y muy interesante: un ejemplar conmovedor de una especie con la que había tenido otros, y quizá no tan encantadores, encuentros. Siento mucho saber que ha muerto, y no obstante, si lo pienso bien, ¿por qué lo *habría* de sentir? ¡La última vez que la vi, ella no estaba ni mucho menos...! Pero será mejor presentar nuestros encuentros por su debido orden.

I

El primero tuvo lugar en el campo, con motivo de una pequeña recepción, una noche de nieve de hará unos diecisiete años. Mi amigo Latouche, que iba a pasar la Navidad con su madre, había insistido en que lo acompañara, y la amable señora había dado en nuestro honor la fiesta de la que hablo. A mi modo de ver reunía todo el sabor y lo que cabe esperar de este tipo de actos; nunca había estado en la Nueva Inglaterra profunda durante aquella época del año. Había estado nevando todo el día y las conchestas de nieve nos llegaban

a la rodilla. Me preguntaba cómo habían logrado llegar las señoras hasta la casa; pero deduje que precisamente eran aquellos rigores invernales los que hacían que una reunión que ofrecía el encanto de acoger a dos caballeros de Nueva York mereciese semejante esfuerzo desesperado.

Durante toda la velada, la señora Latouche me estuvo preguntando si «no quería» enseñar mis fotografías a algunas de las jóvenes. Las fotografías estaban en dos enormes cartapacios, y las había traído a casa su hijo, quien, como yo, acababa de llegar de Europa. Miré a mi alrededor y me sorprendió ver que la mayoría de las jóvenes tenían objetos de interés más absorbentes que el más vívido de mis heliograbados. Pero había una persona junto a la chimenea, sola, que contemplaba la habitación con una vaga sonrisita, con un discreto y velado anhelo que parecía, de alguna manera, contrastar con su aislamiento. La miré un momento y opté por ella.

—Me gustaría enseñárselas a aquella joven.

—Oh, sí —dijo la señora Latouche—, es la persona ideal. No le interesa coquetear: hablaré con ella.

Respondí que si no le interesaba coquetear tal vez no fuera la persona ideal; pero la señora Latouche ya había andado unos pasos hacia ella y se lo había propuesto.

—Está encantada —vino a informarme mi anfitriona—, y es la persona ideal...tan callada e inteligente.

Y me dijo que la joven se llamaba Caroline Spencer, nombre con el que nos presentó.

La señorita Caroline Spencer, aun no siendo exactamente una belleza, no dejaba de ser una pequeña damisela de agradables formas. Rondaría los treinta años y tenía un cuerpo como de chiquilla y la tez de una niña. También tenía una cabeza hermosísima, con el pelo peinado de la forma más parecida posible a la de un busto griego, aunque

era probable que no hubiera visto ninguno en su vida. Sospeché que tenía una vena «artística», en la medida en que la influencia polar en North Verona permitiese tales inclinaciones. Tenía los ojos quizá un poco demasiado redondos, permanente y exageradamente sorprendidos en exceso, pero sus labios manifestaban una comedida decisión, y sus dientes, cuando los mostraba, resultaban encantadores. Alrededor del cuello llevaba lo que las señoras llaman, creo, una «ruche»¹, que estaba cogida con un minúsculo broche de coral, y con la mano sujetaba un abanico hecho de caña trenzada adornado con un lazo rosa. Vestía un vestido ligero de seda negra. Hablaba con lenta y suave claridad, incluso cuando no sonreía, enseñando la belleza de sus dientes, y parecía encantada —en realidad, bastante halagada— ante la perspectiva de que le enseñara mis fotografías. Todo fue de

1.- Una cinta de tela plisada o fruncida.

lo más afable una vez hube cogido las carpetas del rincón y colocado un par de sillas junto a una lámpara. Las fotografías solían ser de lugares y cosas que yo conocía, vistas panorámicas de Suiza, Italia y España, paisajes varios, reproducciones de edificios famosos, cuadros y estatuas. Dije lo que pude sobre ellas, y mi acompañante, mirándolas mientras yo las sostenía, permanecía sentada inmóvil, con el abanico de caña alzado hasta el labio inferior, rozándolo con suavidad y, a mi parecer, casi con excitación. De vez en cuando, cuando yo posaba alguna de las fotografías, sin confianza, pues lo contrario habría sido mucho decir, me preguntaba:

—Y este lugar... ¿lo ha visto?

Yo contestaba que lo había visto varias veces —había sido un gran viajero, aunque no fuera de los que tienden especialmente a jactarse de ello—, y entonces la sentía mirarme recelosa durante un momento con sus bellos ojos. Yo le había pregun-

tado al principio si había estado en Europa, a lo que respondió: «No, no, no», muy bajito, como si la idea de tal acontecimiento, por su misma solemnidad, apenas admitiese palabras. Pero después de aquello, aunque casi no apartaba la vista de las fotografías, habló tan poco que al final temí que se hubiera aburrido. Así que cuando terminamos una de las carpetas le sugerí que si ella quería lo dejáramos. En cierto modo yo intuía que todo aquello le entusiasmaba, pero su reserva me desconcertaba, y quería hacerla hablar. Me volví hacia ella para poderla juzgar mejor, y entonces vi un ligero rubor en cada una de sus mejillas. Continuaba agitando el abanico hacia adelante y hacia atrás. Pero en lugar de mirarme clavó sus ojos en el resto de la colección que, apoyada en su cartapacio, reposaba sobre la mesa.

—¿No me va a enseñar esto otro? —dijo con voz trémula, exhalando el largo suspiro de una persona que se hace a la mar y que permanece a

flote, aunque es consciente del balanceo al que está sujeta.

—Con mucho gusto —le respondí—, si de verdad no está cansada.

—Oh, no estoy nada cansada. Estoy sencillamente fascinada.

Así que cuando cogí la otra carpeta, puso su mano sobre ésta, acariciándola suavemente y dijo:

—¿También ha estado aquí?

Y cuando abrí la carpeta resultó que sí, que había estado allí. Una de las primeras fotografías era una amplísima vista del castillo de Chillon, junto al lago de Ginebra.

—Aquí —dije yo— he estado muchas veces. ¿No es hermoso? —y señalé el reflejo perfecto de las rocas escarpadas y las torres puntiagudas en el agua serena y límpida.

Ella no dijo «¡Oh, es maravilloso!» ni la apartó para ver la siguiente foto. Se quedó mirando un rato, y entonces me preguntó si no era allí donde

Bonnivard, sobre quien escribiera Byron, había estado recluido. Yo asentí, e intenté citar los versos de Byron, pero sin conseguirlo del todo.

Ella se abanicó un momento y repitió los versos correctamente, con una voz suave y monótona, pero con una convicción encantadora. Cuando acabó, sin embargo, estaba ruborizada. La alabé y le aseguré que estaba perfectamente preparada para visitar Suiza e Italia. Me miró de nuevo con recelo, para comprobar si hablaba en serio, y yo añadí que si deseaba ver todavía las descripciones de Byron, debería viajar al extranjero enseguida: Europa se estaba quedando tristemente «desbyronizada».

—¿Cómo de pronto debería viajar? —me preguntó.

—Oh, yo diría que tiene unos diez años para hacerlo.

—Bueno, supongo que podré ir en todo ese tiempo —respondió, como si midiese sus palabras.

—Entonces, lo disfrutará inmensamente —contesté—; lo encontrará de lo más interesante.

Justo en ese momento di con la fotografía de un rincón en una ciudad extranjera que me gustaba mucho, y que me traía gratos recuerdos. Diserté, supongo, con un tono bastante animoso; mi acompañante me escuchaba en vilo.

—¿Ha estado mucho tiempo viajando *por ahí*? —me preguntó un rato después de que yo hubiese dejado de hablar.

—Bueno, la cosa se va acumulando, si se suman todas las temporadas.

—¿Y ha estado en todas partes?

—He viajado bastante, sí. Es algo que me gusta mucho y, afortunadamente, he tenido los medios para hacerlo.

De nuevo me examinó tímidamente.

—¿Y habla los idiomas de esos países?

—Más o menos.

—¿Y es difícil?

—No creo que lo fuera para usted —respondí caballerosamente.

—Oh, yo no podría, me conformaría con entenderlos —y tras una pequeña pausa, añadió:— dicen que el teatro francés es admirable.

—Oh, sí, es el mejor del mundo.

—¿Y ha ido allí muy a menudo?

—La primera vez que estuve en París iba todas las noches.

—¡Todas las noches! —exclamó y abrió sus ojos claros como platos—. Para mí eso es... —su expresión se mantuvo suspensa como en el aire—, bueno, es como si me contasen un cuento de hadas.

Tras unos minutos me preguntó:

—¿Y qué país prefiere?

—Hay uno que me fascina por encima de todos. Creo que a usted le pasaría lo mismo.

Su mirada descansó en una especie de difusa revelación y musitó:

—¿Italia?

—Italia —respondí, también con suavidad y, por un momento, estuvimos unidos profundamente.

Estaba tan bella como si en lugar de haber estado enseñándole fotografías hubiese estado haciendo el amor con ella. Para hacer que el parecido fuese aún mayor, se dio la vuelta, ruborizada. Hubo un silencio, que rompió finalmente diciendo:

—Ése es el lugar al cual —justamente— había pensado en ir.

—¡Oh, ése es el lugar... ése es el lugar! —me reí.

Ella miró dos o tres fotografías más en silencio.

—Dicen que no es muy caro.

—¿Menos que otros países? Pues sí... a uno casi le devuelven el dinero allí. Y éste no es el menor encanto menor que tiene.

—Pero es *todo* muy caro, ¿no?

—¿Europa?

—Quiero decir, ir allí y desplazarse. Ése ha sido el problema. Tengo muy poco dinero. Soy profesora, ¿sabe? —dijo la señorita Caroline Spencer.

—Oh, desde luego hay que tener dinero —admití—, pero uno se puede arreglar con una cantidad moderada, si se gasta juiciosamente.

—Creo que me las podría arreglar. He ahorrado y ahorrado, y estoy siempre añadiendo un poquito. Todo con el mismo objetivo —se detuvo un momento, y después continuó con un entusiasmo reprimido, como si contarme la historia fuese una infrecuente y posiblemente impura satisfacción—. Verá, no ha sido sólo el dinero. Ha sido todo. Todo se me ha puesto en contra. He esperado una y otra vez. Ha sido como hacer castillos en el aire. Casi tengo miedo de hablar sobre ello. Dos o tres veces lo he tenido muy cerca, y entonces he hablado y todo se ha desvanecido. He hablado demasiado sobre ello —dijo hipócritamente,

pues yo veía que esa conversación era para ella un pequeño éxtasis trémulo—. Una amiga mía dice que ella no quiere ir, pero servidora siempre está con lo mismo. Creo que la debo de aburrir tremendamente. Me dijo el otro día que no sabía lo que sería de mí. Dio a entender que me volvería loca si no me embarcaba; y sin embargo es seguro que me volvería loca si lo hiciera.

—Bueno —me reí—, no se ha embarcado aún, así que supongo que *está* loca.

Se tomaba todo lo que le decía con igual seriedad.

—Bueno, supongo que lo debo de estar. Parece como si no pudiese pensar en nada más. ¡Y no necesito fotografías para animarme! Estoy siempre pensando en ello. Me mata cualquier tipo de interés por las cosas más cercanas, por las cosas que tengo que atender. Es una especie de locura...

—Bueno, entonces la cura es simplemente ir —sonreí—, quiero decir la cura para este tipo de

locura. Desde luego, podría usted tener el otro tipo de locura, que sería aún peor —añadí—, el que le dará una vez esté allí.

—¡Oh, tengo la esperanza de que iré *algún* día, claro! —exclamó, algo eufórica—. Tengo allí a un familiar —continuó—, y supongo que él sabrá cómo controlarme.

Yo expresé mi deseo de que así fuera, y he olvidado si volvimos a ver más fotografías; pero cuando le pregunté si había vivido siempre donde la encontré, me respondió bastante entusiasmada:

—Oh, no, señor. He estado veintidós meses y medio en Boston —a lo que respondí con la inevitable broma de que, en tal caso, el extranjero le podría desilusionar, pero no conseguí perturbarla—. Sé más del extranjero de lo que se imagina —su honestidad resistía incluso a eso—; quiero decir, gracias a las lecturas, pues he leído una cantidad considerable. De hecho, creo que he preparado mi mente para ello tanto como usted

podría haberlo hecho; por adelantado. No sólo he leído a Byron. He leído historias y guías de viaje y artículos... y un montón de cosas más. Sé que todo me va a encantar.

—Todo es mucho decir, pero entiendo lo que me quiere decir con ello —respondí—. Usted sufre de la enfermedad americana por excelencia, y la sufre «a lo grande»: el apetito, mórbido y monstruoso, de colores y de formas, de lo pintoresco y lo romántico a cualquier precio. No sé si llegamos al mundo con esa enfermedad, con la semilla implantada, como si precediera toda experiencia; quizá más bien la cogemos pronto, antes casi de desarrollar nuestra consciencia; es como si *sintiéramos*, cuando miramos a nuestro alrededor —para salvar nuestras almas o, al menos, nuestros sentidos—, que vamos a tener que valernos de ella. Somos como unos viajeros en el desierto, privados de agua y sujetos a un terrible espejismo, al tormento de la ilusión, de la sed acuciante. Ellos

oyen el chapoteo del agua, ven jardines verdes y huertos que están a cientos de kilómetros. Así nos pasa a nosotros con nuestra sed; sólo que en nuestro caso es más maravilloso: tenemos ante nosotros siempre las bellezas que nunca hemos visto, y cuando al final las vemos (¡si tenemos suerte!), simplemente las reconocemos. Lo que la experiencia hace es meramente confirmar y consagrar nuestro conñado sueño.

Ella escuchaba con ojos atónitos.

—El modo en que lo expresa es maravilloso, y estoy segura de que será justo así. Lo he soñado todo... ¡Lo conozco todo!

—Me temo —fingí, para hacer una gracia inocente— que habrá perdido mucho el tiempo.

—¡Oh, sí, ése ha sido mi gran fallo!

La gente a nuestro alrededor había empezado a dispersarse; se estaban marchando. Se levantó y me ofreció su mano, como si de alguna manera brillara y palpitara.

—Voy a volver a Europa, he de hacerlo —le dije mientras nos dábamos la mano—. La estaré esperando allí.

Sí, ella llegaba a brillar con su fiebre de excitada fe.

—Bueno, pues ya le diré si me desilusiona —contestó ella.

Y me dejó, batiendo expresivamente su pequeño abanico de caña.

II

Unos meses después, crucé el mar hacia el Este de nuevo, y transcurrieron unos tres años. Yo había estado viviendo en París, y hacia finales de octubre me desplacé de esta ciudad a Le Havre, para visitar a mis parientes que, según me habían dicho por carta, estaban a punto de llegar. Cuando llegué a Le Havre constaté que el vapor ya había atracado: había llegado con dos o tres horas de retraso. Acudí directamente al hotel donde mis viajeros se habían instalado, como era de esperar. Mi hermana ya se había ido a dormir, agotada e

indispuesta por el viaje; era la marinera que se mareaba más del mundo, y en esta ocasión sus padecimientos habían sido extremos. Por el momento deseaba descansar sin ser molestada, y apenas pudo verme cinco minutos, tiempo suficiente, eso sí, para ponernos de acuerdo en que pasaríamos allí la noche con el fin de recobrar fuerzas. Mi cuñado, preocupado por su mujer, no quería abandonar la habitación; pero ella insistió en que me lo llevara a dar un paseo para que recuperase el ánimo y asentara las piernas en tierra firme.

El día de principios de otoño era bonito y templado, y nuestro paseo a través de las coloridas y bulliciosas calles del antiguo puerto francés fue de lo más entretenido. Recorrimos los soleados y ruidosos muelles, y después tomamos por una agradable calle ancha que quedaba medio al sol, medio a la sombra; una calle francesa de provincias que parecía una antigua acuarela: altas casas grises de varias plantas con empinados tejados rojos,

postigos verdes en las ventanas, viejas persianas enrollables y macetas con flores en los balcones y mujeres con cofias blancas en las puertas. Caminábamos por la sombra y todo se extendía por el lado soleado, formando un cuadro. Nosotros lo mirábamos mientras paseábamos; y entonces mi acompañante se paró de repente, apretando mi brazo, y miró algo fijamente. Seguí su mirada y vi que nos habíamos detenido justo antes de llegar a un café con varias mesas y sillas sobre la acera, bajo un toldo. Las ventanas estaban abiertas en la parte de atrás; media docena de plantas en macetones estaban puestas en fila al lado de la puerta, y la acera lucía salpicada con serrín de salvado reciente. Era un adorable y tranquilo cafecito del Viejo Continente; dentro, en la relativa penumbra, vi a una mujer robusta y atractiva, que tenía lazos rosas en el sombrero, sentada, con un espejo a sus espaldas, sonriendo a alguien que yo no podía ver. De esto, para ser exactos, me di cuenta después;

lo que vi al principio fue a la mujer sentada sola, afuera, en una de las mesas de mármol de la terraza. Mi cuñado se había parado a observarla. Le habían servido algo, pero ella permanecía apoyada en el respaldo, inmóvil y con las manos cruzadas, mirando hacia el fondo de la calle, y no hacia nosotros. Apenas vi su perfil; sin embargo, supe enseguida que nos habíamos visto antes.

—¡La señorita del vapor! —exclamó mi acompañante.

—¿Estaba en vuestro barco? —pregunté con interés.

—De la mañana a la noche. Nunca se mareaba. Solía sentarse siempre en un lado del puente, con sus manos cruzadas de esa misma forma, mirando al Este, hacia el horizonte.

—¿Vas a hablar con ella?

—No la conozco. Nunca nos presentaron. No estaba yo en condiciones de ganarme el favor de las mujeres. La estuve mirando —no sé por

qué—, y me interesó. Es una adorable *yanqui*. Creo que es una maestra de escuela en viaje de vacaciones, para el que sus estudiantes habrán puesto dinero...

Ella había girado su cara un poco más de perfil, mirando las fachadas de las casas grises de enfrente. En ese momento me decidí.

—Iré a hablar con ella.

—Yo no lo haría, es muy tímida —dijo mi cuñado.

—Amigo mío, ya la conozco. Una vez le mostré unas fotografías en una fiesta.

Así que me acerqué a ella, para que cuando se girara, no me quedase ninguna duda sobre su identidad. La señorita Caroline Spencer había conseguido realizar su sueño. Pero ella fue más lenta en reconocermme, y mostró un ligero desconcierto. Acerqué una silla a la mesa y me senté.

—¡Bueno —dije—, espero que no esté decepcionada!

Me miró, ruborizándose un poco; entonces dio un respingo y me reconoció.

—Usted es quien me enseñó las fotografías en North Verona.

— Sí, yo soy. Qué coincidencia más encantadora; ¿no me correspondería a mí más bien darle una recepción formal, una bienvenida oficial? Le hablé tanto sobre Europa...

—No exageró. ¡Estoy tan, tan feliz! —exclamó.

Parecía, de hecho, muy feliz. No había ningún signo de que hubiera envejecido; estaba tan solemne, decente y recatadamente bella como en el pasado. Si entonces ella me había impresionado como una flor puritana de fino tallo y suaves colores, cabe imaginar que en la situación actual la flor no fuera menos atractiva. A su lado, un anciano caballero estaba bebiendo absenta; tras ella, la *dame de comptoir* con los lazos rosas le decía «¡Alcibiade, Alcibiade!» al camarero del delantal largo. Le expliqué a la señorita Spencer que el

caballero que iba conmigo había sido recientemente su compañero de travesía, y mi cuñado se acercó y se presentó. Pero ella le miró como si nunca le hubiera visto, y recordé que él me había dicho que los ojos de ella siempre estaban fijos en el horizonte, hacia el Este. Evidentemente, no había reparado en él, y, sonriendo aún tímidamente, no intentó en modo alguno fingir lo contrario. Me quedé con ella en la pequeña terraza del café mientras mi cuñado volvía al hotel junto a su mujer. Le comenté a mi amiga que ese encuentro nuestro, en la primera hora de su llegada, era algo casi milagroso, pero que estaba encantado de estar allí y poder así escuchar sus primeras impresiones.

—Oh, no puedo expresarlo —dijo—. Me siento como en un sueño. Llevo aquí sentada una hora y no me quiero mover. Todo es tan delicioso y romántico. No sé si el café se me ha subido a la cabeza, no se parece *en nada* al café de mi lejano pasado.

—La verdad —respondí—, si está tan satisfecha con esta pobre y prosaica ciudad de Le Havre, no le va a quedar admiración para cosas mejores. No gaste todo su entusiasmo del primer día, recuerde que ése es su crédito intelectual. Piense en todos los sitios y cosas bonitas que le están esperando. Piense en esa hermosa Italia de la que hablamos.

—No tengo miedo de quedarme sin admiración —dijo alegremente, sin dejar de mirar las casas de enfrente—. Podría quedarme aquí sentada todo el día, simplemente diciéndome que aquí estoy, por fin. Es tan oscuro y extraño, tan antiguo y distinto.

—Por cierto —pregunté—, ¿cómo es que está instalada en este lugar tan raro? ¿No está en uno de los hostales? —pues yo me sentía entre divertido y alarmado al comprobar con cuánta buena conciencia la delicada damita se había colocado llamativamente aislada en un borde de acera.

—Mi primo me trajo hasta aquí, y hace un rato se fue —me respondió—. ¿Recuerda que le dije que tenía un familiar en Europa? Todavía sigue aquí, un primo de verdad. Bueno —continuó con una clara franqueza—, pues vino a recogerme al vapor esta mañana.

Era absurdo, y la verdad es que además no era de mi incumbencia, pero en cierto modo me sentí desconcertado y dije:

—No valía demasiado la pena ir en su busca para luego abandonarla tan pronto.

—Oh, sólo me ha abandonado media hora —contestó Caroline Spencer—. Ha ido a buscar mi dinero.

Yo seguía perplejo.

—¿Y dónde *está* su dinero?

Ella parecía reír muy rara vez, pero se rió por la gracia que le hacía aquello.

—¡Me hace sentirme muy importante contarle todo esto! Está en pagarés.

—¿Y dónde están sus pagarés?

—En el bolsillo de mi primo.

Esta declaración fue dicha con tan clara franqueza, que apenas sé decir por qué, pero me produjo un escalofrío. En aquel momento no habría podido explicar de ningún modo mi reacción, pues no sabía nada del primo de la señorita Spencer. Ya que él era pariente de ella —una adorable y respetable personita—, hubiera debido gozar del beneficio de la duda. Pero me estremeció el solo pensamiento de que, media hora después de su llegada, los escasos fondos de ella hubieran pasado a manos del primo.

—¿Va a viajar con usted? —pregunté.

—Sólo hasta París. Es estudiante de arte en París; siempre me ha parecido algo maravilloso. Le escribí para decirle que llegaba, pero nunca esperé que viniera a buscarme al barco. Supuse que sólo iría a buscarme al tren en París. Es un detalle por su parte. Pero es que él es una persona muy amable... y muy inteligente.

De repente sentí un extraño deseo de ver a ese brillante y amable primo, estudiante de arte.

—¿Ha ido al banco, pues? —pregunté.

—Sí, al banco. ¡Me llevó a un hotel, un sitio de lo más delicioso, curioso y pintoresco, con un patio en el centro y una galería alrededor, y una dueña encantadora con un sombrero ondulado estupendo y un vestido que le quedaba tan bien! Al cabo de un rato fuimos andando al banco, pues yo no tenía dinero francés. Pero estaba aún muy mareada por el balanceo del barco, y pensé que sería mejor sentarme. Encontró este lugar para mí, y ha ido al banco él mismo. Tengo que esperarle aquí hasta que vuelva.

Su historia era totalmente verosímil, y mi impresión perfectamente descabellada, pero se me pasó por la cabeza que el caballero nunca regresaría. Me acomodé en una silla al lado de la señorita Spencer y decidí esperar a ver cómo acababa todo aquello. Ella estaba perdida en la contempla-

ción y la imaginación de todo cuanto nos rodeaba por todas partes: observaba, reconocía y admiraba con una intensidad, en verdad, conmovedora. Se percataba de todo lo que nos ofrecía el movimiento de la calle, las peculiaridades de los trajes, las formas de los vehículos, los grandes caballos normandos, los curas rechonchos, los caniches esquilados. Hablamos de estas cosas, y había algo encantador en la frescura de sus percepciones y en la forma en la que su imaginación, alimentada por libros, se deleitaba con ello.

—¿Y cuando vuelva su primo qué va a hacer?

—seguí.

Para esto, curiosamente, tuvo que pensar la respuesta.

—No lo sabemos muy bien.

—¿Cuándo se van a París? Si se van en el tren de las cuatro, podría tener el honor de hacer el viaje con usted.

—No creo que lo hagamos —hasta ahí estaba informada—. Mi primo cree que debería quedarme aquí unos días.

—¡Oh! —dije, y durante cinco minutos no tuve nada que añadir.

Me estaba preguntando lo que, hablando vulgaramente, estaría tramando el pariente ausente. Miré a un lado y otro de la calle, pero no vi nada que se pareciera a un brillante y simpático estudiante americano de arte. Al final, me tomé la libertad de decir que Le Havre no era precisamente un lugar para ser elegido como una de las etapas estéticas de un *tour* europeo. Era un lugar de conveniencia, sin más, un lugar de paso, en el que el paso debía ser rápido. Le recomendé ir a París en el tren de la tarde y que mientras tanto se entretuviera visitando la antigua fortaleza, en la boca del puerto, esa excepcional estructura circular que llevaba el nombre de François I y que incluía una especie de pequeño castillo como el de San

Angelo. (¿Hubiera yo podido saber que lo iban a demoler?)

Ella me escuchaba con mucho interés, y entonces por un instante se puso seria.

—Mi primo me dijo que al volver tendría algo que decirme, y que no podíamos hacer nada o decidir nada hasta que yo no lo hubiera escuchado. Pero haré que me lo diga enseguida, y entonces iremos a la antigua fortaleza. ¿François I, dijo? Bueno, eso es estupendo. No hay prisa para ir a París, tenemos tiempo de sobra...

Sonrió con sus labios dulcemente severos mientras decía esas últimas palabras, y sin embargo, mirándola con atención, descubrí en sus ojos, creo, un minúsculo rayo de aprensión.

—¡No me diga —dije— que ese maldito le va a dar malas noticias!

Ella se sonrojó como si la hubieran condenado por una perversidad oculta, pero estaba volando demasiado alto como para caerse.

—Bueno, supongo que es algo *un poco* malo, pero no creo que sea *muy* malo. De cualquier modo, tengo que escucharle.

Usurpé una autoridad sin escrúpulos y dije:

—Mire, usted no ha venido a Europa a escuchar, ¡ha venido a ver!

Pero ahora estaba seguro de que su primo sí regresaría; ya que tenía algo desagradable que decirle, seguro que aparecería. Estuvimos sentados un rato más, y le pregunté por sus planes de viaje. Se los sabía a pies juntillas, y recitó los nombres tan solemnemente como una hija de otra fe habría contado las cuentas de un rosario: de París a Dijon y a Aviñón, de Aviñón a Marsella y a la carretera de la Cornisa; de ahí a Génova, Spezia, Pisa, Florencia, Roma... Aparentemente no se le había ocurrido que pudiera haber la más mínima incomodidad en viajar sola, y ya que estaba desprovista de acompañante, yo, desde luego, me abstuve cortésmente de perturbar ese sentimiento suyo de seguridad.

Al fin, su primo regresó. Le vi dirigirse hacia nosotros saliendo de una calle lateral, y desde el momento en que mis ojos se posaron en él, supe que era el brillante, aunque no simpático estudiante americano de arte. Llevaba un sombrero caído y una chaqueta de terciopelo negro desgastada, como las que yo había visto en la rue Bonaparte. Por la camisa sobresalía claramente un cuello que, desde lejos, no parecía excesivamente escultural. Era alto y delgado, pelirrojo y con pecas. Todos esos detalles los pude captar mientras se acercaba al café, mientras me miraba con una sorpresa natural desde su romanticismo desbordante. Cuando llegó hasta nosotros me presenté inmediatamente como un viejo conocido de la señorita Spencer, un papel que ella, tranquilamente, me permitió adoptar. Él me miró con un par de ojillos muy abiertos, y me saludó con solemnidad, a la moda «europea», con su sombrero algo roñoso.

—¿Usted no estaba en el barco? —preguntó.

—No, no estaba en el barco. Llevo en Europa varios años.

Él se inclinó una vez más, solemnemente, y me indicó que me sentara de nuevo. Lo hice, pero sólo con el propósito de observarle un instante, y constaté que ya era hora de volver junto a mi hermana. El protector europeo de la señorita Spencer era, en mi opinión, un tipo muy extraño. La naturaleza no le había dado la percha para un atuendo digno de Byron o Rafael, y su jubón de terciopelo y su expuesta aunque no escultural garganta, no estaban en armonía con sus atributos faciales. Llevaba el pelo muy corto y tenía las orejas grandes y mal ajustadas a la cabeza. Tenía un porte displicente y un encorvamiento melancólico que contrastaban peculiarmente con sus entusiastas y despiertos ojos, de un extraño color, un marrón casi rojo. Tal vez le estaba prejuizando, pero pensé que sus ojos eran demasiado taimados. No dijo nada durante un rato; apoyó las manos en su

bastón y miró a un lado y otro de la calle. Por fin, levantando el bastón lentamente y señalando con él, dejó caer con cierta sosería:

—Un toque muy bonito...

Tenía la cabeza inclinada hacia un costado, y arrugó sus feos párpados. Fijé con la mirada la dirección que había indicado con su bastón; el objeto señalado era un paño rojo que colgaba de una vieja ventana.

—Bonito toque de color—continuó diciendo, y sin mover la cabeza me lanzó su mirada medio entornada—. Combina bien. Perfecto tono añejo. Queda muy bonito.

Hablaba con una voz vulgar y sin ningún encanto.

—Veo que tiene muy buen ojo—respondí—. Su prima me ha dicho que estudia usted arte. —Me miró de la misma forma, sin contestar, y yo continué con estudiada cortesía—. Supongo que estará usted en el taller de uno de esos grandes artistas.

Aun así, él seguía mirándome fijamente, y entonces nombró a uno de los más grandes de aquellos tiempos; lo cual me llevó a preguntarle si le gustaba su maestro.

—¿Entiende usted el francés? —me respondió.

—Alguna cosa.

Él mantuvo sus ojos fijos en mí, y dijo:

—*Je suis fou de la peinture!*²

—¡Oh, eso sí lo entiendo! —respondí.

Nuestra acompañante posó su mano en el brazo de él con un pequeño y alegre revoloteo; era delicioso para ella estar entre gente que se entendía tan bien en idiomas extranjeros. Me levanté para marcharme y le pregunté dónde, en París, podría tener el honor de visitarla. ¿En qué hotel se hospedaría? Ella se volvió hacia su primo interrogadoramente y él me obsequió de nuevo con su lánguida y cínica mirada.

2.- ¡La pintura me vuelve loco!

—¿Conoce el Hotel des Princes?

—Sé dónde está.

— Bueno, pues ahí será.

—La felicito —le dije a la señorita Spencer—. Tengo entendido que es el mejor hotel del mundo; pero en caso de que aún tenga un momento para visitarla aquí, ¿dónde se aloja?

—Oh, tiene un nombre precioso —me respondió ella alegremente—. «À la Belle Normande.»

—¡Creo que sabré cómo llegar! —terció el primo, y al irme yo me obsequió moviendo su pintoresco sombrero con una gran floritura que parecía un estandarte ondeando sobre territorio conquistado.